

Los movimientos sociales: Entre el despojo y la resistencia

Marco Antonio Fernández Nava

«CASI TODOS LOS BOSQUES son custodiados por los pueblos indígenas, son de las comunidades, y los cuidan en colectivo. Pero qué soberanía tendremos cuando la conservación de nuestros recursos esté regulada por el precio de los bonos de carbono y de servicios ambientales hidrológicos en la bolsa de valores de Nueva York. No queremos que el control económico de fragmentos de nuestro territorio integral esté secuestrado por patentes, certificaciones, contratos con empresas, dependencia de las transnacionales productoras de semillas transgénicas. Ni por un gobierno corrupto y represor»¹. El encomillado no hace referencia a un actor individual. Es una voz que vuelve una y otra vez. Voz que denuncia lo que duele: la violencia, la guerra, la conquista territorial, la destrucción de los mundos de vida...el despojo. Mecanismos todos del reino del valor que se valoriza. En otras palabras: incorporar al capital la naturaleza, la vida y el trabajo humano. Ya Karl Polanyi, a mitad del siglo XX, se refería a esto como *la gran transformación*: “la catástrofe de la comunidad nativa es un resultado directo de la destrucción rápida y violenta de las instituciones de la víctima (parece enteramente irrelevante que se use o no la fuerza en el proceso). Estas instituciones son destruidas por el hecho mismo de *que se introduce una economía de mercado en una comunidad organizada de modo enteramente diferente*; la mano de obra y la tierra se convierten en mercancías, lo que de nuevo es una fórmula breve para la liquidación de toda institución cultural de la sociedad orgánica”². Polanyi señalaba, también, que antes de *la gran transformación* las economías estaban “arraigadas” en las relaciones sociales. Reciprocidad y redistribución mantenían unido al tejido social que aseguraba la reproducción de la sociedad autopro-



tectora ya que el hombre no actuaba para salvaguardar sus intereses individuales en la posesión de bienes materiales, sino para salvaguardar su posición social, sus derechos sociales, sus activos sociales. Entre los motivos de esa sociedad no estaba la ganancia. Las actividades económicas estaban organizadas por la obtención de prestigio y de respeto, el reconocimiento de la comunidad, la solidaridad, el almacenamiento de excedentes, normas de reciprocidad. Pero la economía de mercado se impuso sobre estas sociedades por fuerzas no-económicas externas al mercado mismo, entre ellas, la fuerza organizada del Estado que, desenvainando la espada de la guerra y la espada de la ley, inició los “cercamientos”: el despojo, la expropiación y la apropiación de los bienes comunales. Ocurrió una “revolución de los ricos contra los pobres”. Aunque escribir “ocurrió”, así, en tiempo pretérito, no es del todo acertado; ya que como menciona Gilly, deberíamos llamar a este proceso “la gran transformación inconclusa”³.

Esta transformación que se abrió paso “a través de la intervención estatal, la violencia legal e ilegal y la guerra”⁴ hoy continúa. Y continúa corregida y aumentada. “La nueva expansión de la dominación del capital extiende en superficie (en la geografía) y densifica en profundidad (en el tejido social de los mundos de la vida) la red de relaciones sociales capitalistas que envuelve al planeta entero”⁵. Ya no hay islas hacia donde escapar. Esta es la razón, a decir de David Harvey, de que parezca muy inadecuado adjetivar como *primitiva u originaria* a un proceso que se haya vigente. Harvey propone, entonces, recurrir al concepto de “acumulación por desposesión”⁶ para mostrar dos cosas: una, que es un proceso que está presente en toda la historia del capital; y dos, “que es el eje central de este proceso contemporáneo de expansión del reino del valor de cambio, en cuya realización el capital, sirviéndose de sus seculares métodos de violencia, pillaje y depredación, utiliza métodos enteramente novedosos, como el control sobre los derechos de propiedad intelectual o la biopiratería de recursos genéticos”⁷.

Cierto es, como decía Marx, que la historia del capital quedó escrita con “letras de sangre y fuego”, y también es cierto, que los mecanismos de la acumulación primitiva se han refinado para desempeñar un papel más importante que en el pasado. “La mercantilización de la naturaleza en todas sus formas conlleva una escalada en la merma de los bienes hasta ahora comunes que constituyen nuestro entorno global (tierra, agua, aire) y una creciente degradación del hábitat, bloqueando cualquier forma de producción

agrícola que no sea intensiva en capital”⁸. Así, parafraseando a Arendt, se puede decir que el simple pecado del robo se tiene que repetir una y otra vez para que el motor de la acumulación no se detenga.

Uno de los mecanismos, que no el único, que proporciona combustible a la acumulación por desposesión es la *privatización* que hace posible que el objetivo de la política estatal sea una nueva ronda de “cercamientos de los bienes comunales”. “La transferencia de activos públicos productivos a empresas privadas. Entre estos activos productivos se encuentran los recursos naturales: tierra, bosques, agua, aire. Estos activos que el Estado posee en nombre del pueblo que representa... Arrebatárselos para venderlos a empresas privadas representa un *proceso de desposesión bárbaro, a una escala sin precedentes en la historia*”⁹.

A pesar, entonces, de que algunos Estados estén subordinados al Pentágono, al FMI, al BM, a la OMC, siguen siendo los depositarios de la violencia sobre su territorio y siguen siendo la encarnación institucional y reconocida de la “comunidad ilusoria” dentro de la cual la dominación es aceptada, negociada y disputada. Así la política estatal se ha dirigido a la “descolectivización, privatización, registro y titulación de predios”¹⁰. Por tanto, a través de leyes, políticas públicas, engaños, chantajes, amenazas, encarcelamientos y balazos el proceso avanza. “Cualquier territorio o cualquier formación social que es incorporado o que se inserta en la lógica del desarrollo capitalista debe experimentar cambios estructurales, institucionales y legales de gran alcance del tipo de los que Marx describe bajo la denominación de *acumulación primitiva*”¹¹.

Pero este proceso avanza a paso de cojo. Para tal, sólo basta seguir las rutas de la resistencia que se expresa tanto en movilizaciones beligerantes como en murmullos. “Un nuevo fantasma recorre el mundo: el de los movimientos sociales que ponen en jaque al sistema y que frenan o dificultan muchas de las decisiones de las grandes corporaciones y centros financieros, a cuyos intereses se han sumado los gobiernos neoliberales de casi todos los países”¹². Que el derecho a la tierra se haya expulsado del ámbito legal, económico, institucional, mediático o simbólico, no significa, ni de lejos, que haya desaparecido. «Ser campesinos nos hace reverenciar, respetar y entender el profundo valor de la tierra, la Madre Tierra. Ella nos cuida a todos. Le pertenecemos, no la poseemos, y por supuesto, no tiene precio. Fijarle precio a una tierra de cultivo es una agresión, no importa cuál sea el precio, sean siete, setenta, setecientos, siete mil, setenta mil o siete millones, billones

o trillones, nunca podrán igualar lo que esta tierra puede producir con mi cuidado, el de mis hijos, mis nietos, mis bisnietos o tataranietos hasta el fin de los tiempos»¹³.

Estas resistencias surgen como contra-movimientos al despojo. Son movimientos de insubordinación¹⁴ que muestran una estridente capacidad social de veto, que resisten a lo que amenaza la capacidad de existir. “Fenómenos de resistencia que se producen como reacción de un grupo ante la presencia de un elemento externo que pone en riesgo o altera los elementos constitutivos de la vida cotidiana de la comunidad”¹⁵. Sí, porque la comunidad es algo más que una unidad demográfica; es una estructura política que remite a cuatro elementos: el territorio comunal, el trabajo colectivo para beneficio común, las autoridades y las autoridades propias, y por último, la fiesta como el espacio donde se recrea y fortalece la cultura y la identidad.

De esta manera, “no es el hambre, la carencia material, el interés económico o la proyección de sociedades futuras la clave explicativa de la rebelión, insubordinación, resistencia, organización y actividad política de los dominados. En los resortes profundos que impulsan a los dominados a salir del ámbito de la vida privada, a romper el tiempo de lo cotidiano y a intervenir en el escenario de la política se encuentra siempre un fundamento moral: valoraciones acerca de lo que es justo y de lo injusto, de lo que debe y no debe ser, reglas y principios morales”¹⁶. Sería un error decir, entonces, que estos movimientos son el “último aliento de la rebelión”. O creer en el “fin de la historia” o en la “muerte del campesinado”. No, estos movimientos demuestran lo que Braudel escribió: “el mundo campesino no cesa de luchar contra lo que le agobia, el Estado, el señor, las circunstancias exteriores, las coyunturas desagradables, las tropas armadas; contra lo que amenaza, o por lo menos, molesta a las comunidades aldeanas, condición de su libertad. Y todo esto tiende a unificar su espíritu”¹⁷.

Resistiendo es como se encuentran las razones para resistir. Estos movimientos no resisten a nombre de Dios o del proletariado. Resisten desde el etcétera: son por definición variados, sin ideologías cerradas y coinciden, en el fondo, en principios anticapitalistas. “La resistencia no es un mandamiento, una asignación, una designación a alguna misión sublime. Una situación insostenible, una injusticia intolerable la provoca”¹⁸. La resistencia es producto de la agresión que sufre el conjunto de mecanismos de solidaridad comunitaria y ayuda mutua, basados en relaciones de reciprocidad, por quienes ejercen el poder. Ya John

Tutino¹⁹ establecía que los campesinos se volvieron más levantiscos conforme la expansión del capitalismo comercial iba minando los modos de vida agraria arraigados.

Así el impacto del capitalismo va más allá de una mayor explotación, es decir, la nueva racionalidad del mercado capitalista intenta terminar con la *autonomía*, que es la capacidad de la gente para producir de forma independiente lo que necesita para sobrevivir; con la *seguridad*, que es la capacidad para alcanzar la subsistencia de modo uniforme, esto es, confiar en un futuro predecible; y por último, la *movilidad*, que es la capacidad de elegir entre los diversos medios de obtener subsistencia. «La primera soberanía, la más fundamental autonomía, es organizarnos para producir nuestra propia comida. Debemos defender por todos los medios el maíz, que no es un producto sino un modo de vida plena, una vida de sembradores, de campesinos, que cuidamos el maíz criados y enseñados por la milpa (que es una comunidad que nos enseñó el valor de la diversidad) donde el maíz se relaciona con muchas otras plantas. Si los pueblos, o las muchas comunidades campesinas, producen su propia comida, no tienen que pedirle permiso a nadie para ser, para existir. Ésta es una propuesta muy fuerte. De ella surgen los fundamentos de la autonomía de nuestras comunidades campesinas indígenas, rurales. Es urgente defender nuestra vida en la siembra produciendo nuestra comida. Nuestras labores no son un empleo para comprar comida con un sueldo de explotados, es acto creativo que refuerza la plenitud de la comunidad»²⁰.

Así, el despojo provoca ese sentimiento de Agravio Moral²¹ que siempre remite a una afirmación de la vida humana, de la dignidad de la persona. Por eso la resistencia no acepta la humillación. Esa herida en la dignidad se traduce en acción. La resistencia debe de ir más allá del grito. “Si la resistencia es en primer lugar reactiva ante una injusticia o ante una situación insostenible, al cargarse de política hace fracasar la trampa de la defensa sin contra-ataque, de rechazo sin perspectiva, de la negación sin negación de la negación. *A partir de la puesta en marcha y de la entrada en acción, toda resistencia de reactiva se convierte en declarativa y afirmativa*. Inventa respuestas. Explora salidas. Transforma a la víctima de una injusticia o de una ofensa en actriz de su propio drama. De puro objeto de compasión, se convierte en agente de su propia lucha”²².

De este modo la resistencia se puede concebir como estrategia, en breve, posibilidad de preparar la contra-ofensiva, de revertir las relaciones de fuerza. Así, no hay resisten-

cias pequeñas o grandes. Es resistiendo a lo irresistible que se deviene revolucionario sin saberlo. Como decía Raoul Vaneigem, militante de la Internacional Situacionista, en 1967, “experimentemos la táctica de ser todos tácticos, que no es otra cosa que cada compañero sea el táctico y estrategia todos los días en el seno de su resistencia, que no dependamos de un estrategia, sino que la estrategia sea conjunción del juego que juegan los rebeldes desde las resistencias para evitar movernos en el tablero plano del poder y crear un tablero de la resistencia, así, ante la estrategia de la guerra, la parcelación de las luchas en todos los frentes (político, social, cultural, económico) puede resultar una forma de patear el tablero del poder e inhibir y desarticular sus golpes totales”²³. Estos movimientos, con sus resistencias, modifican la correlación de fuerzas en un lugar o país. Nuevos temas o antiguos asuntos se han vuelto más prominentes o han adquirido un significado diferente: la cuestión de la tierra ha adquirido una nueva connotación con los reclamos territoriales de grupos indígenas.

Hace poco menos de un siglo, un movimiento de campesinos hicieron una revolución porque no querían cambiar; hoy, igual que entonces, estos movimientos no luchan por un pasado mítico y utópico. Rechazan, eso sí, la modernidad, neoliberal y globalizante, que los excluye y a menudo amenaza su sobrevivencia sea física, social o cultural. “En lugar de eso están luchando por una modernidad diferente que descansa en su propio proyecto de emancipación, que incluye un mayor control sobre sus vidas, más seguridad y un mejor estándar de vida”²⁴. Los movimientos sociales resisten, luego existen. Y existen hasta la agonía. La vida les dicta no ceder: ni aquí ni ahora. •

NOTAS

¹Raúl Vera, “Herramientas comunales para sembrar autonomía”, en *Ojarasca*, Número 120, Abril, 2007.

²Karl Polanyi, *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 217. Énfasis mío.

³Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Ediciones ERA, 2006, p. 60.

⁴*Ibidem*.

⁵Adolfo Gilly, *Los vectores del orden neoliberal: flexibilización, desregulación, despojo, atomización*. Ponencia presentada en el Coloquio Imperio y Resistencias. UAM-Xochimilco. Octubre, 2005.

⁶David Harvey, “La acumulación por desposesión” en Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (coordinadoras), *Espacios Globales*, México, Plaza y Valdés-UIA, 2006, p. 26.

⁷Rhina Roux, *Una mutación epocal*. Ponencia presentada en el Coloquio Imperio y Resistencias. UAM-Xochimilco. Octubre, 2005.

⁸David Harvey, “La acumulación por desposesión” en Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (coordinadoras), *Espacios Globales*, México, Plaza y Valdés-UIA, 2006, pp. 28-29.

⁹A. Roy, *Power Politics*. Citado en David Harvey, *op. cit.*, p. 38. Énfasis mío.

¹⁰Cristóbal Kay, “Estrategias de vida y perspectivas del campesinado en América Latina” en *ALASRU. Análisis latinoamericano del medio rural*, México, Universidad Autónoma de Chapingo, Número 1, Mayo 2005, p. 3.]

¹¹David Harvey, “La acumulación por desposesión” en Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (coordinadoras), *Espacios Globales*, México, Plaza y Valdés-UIA, 2006, p. 32.

¹²Víctor Flores Olea, *La resistencia y los movimientos sociales*. Ponencia presentada en el Coloquio Imperio y Resistencias. UAM-Xochimilco. Octubre, 2005.

¹³Raúl Vera, “Herramientas comunales para sembrar autonomía”, en *Ojarasca*, Número 120, Abril, 2007.

¹⁴Raquel Gutiérrez Aguilar, *Perspectivas de la emancipación social a partir de los levantamientos y movilizaciones en México y Bolivia*. Ponencia presentada en el Coloquio Imperio y Resistencias. UAM-Xochimilco. Octubre, 2005.

¹⁵Javier Rico Moreno, “La percepción de la temporalidad como factor de resistencia. Tradición y utopía en los movimientos sociales” en José Monzón y Carmen Valdés (coordinadores), *Formas de descontento y movimientos sociales, siglos XIX y XX*, México, UAM-Azacapatzalco, 2005, p. 494.

¹⁶Rhina Roux, “La política de los subalternos” en Gerardo Avalos Tenorio (coordinador), *Redefinir lo político*, México, UAM-Xochimilco, 2002, p. 251.

¹⁷Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza, 1984, p. 430.

¹⁸Daniel Bensaïd, *Resistencias. Ensayo de topología general*, España, Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo, 2006, p. 33. Subrayado mío.

¹⁹John Tutino, *De la insurgencia a la revolución en México. Las bases de la violencia agraria 1750-1940*, México, ERA, 1990.

²⁰Raúl Vera, “Herramientas comunales para sembrar autonomía”, en *Ojarasca*, Número 120, Abril, 2007.

²¹Barrington Moore, *La injusticia: Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 1999.

²²Daniel Bensaïd, *Resistencias. Ensayo de topología general*, España, Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo, 2006, p. 35. Subrayado mío.

²³Rafael Sandoval Alvarez, “Que cada quien sea el estrategia de su resistencia”, en *La Jornada Jalisco*, 10 de Septiembre de 2007.

²⁴Cristóbal Kay, “Estrategias de vida y perspectivas del campesinado en América Latina” en *ALASRU. Análisis latinoamericano del medio rural*, México, Universidad Autónoma de Chapingo, Número 1, Mayo 2005, pp. 32-33.